

# La Zaragoza galdosiana

Juan Domínguez Lasierra

Ilustraciones de Arturo Mérida para los "Episodios Nacionales"  
de Benito Pérez Galdós. Madrid, 1882. Editados con posterioridad en tarjeta postal.  
Colección, Francisco Palá Laguna

LOS comienzos del siglo XIX zaragozano están marcados por las dramáticas páginas de los Sitios y esa pléyade de nombres inmortales –Palafox, Agustina, Bureta, Tío Jorge, Manuela Sancho, etc.– que, junto a todo un pueblo, protagonizaron la heroica defensa de una ciudad contra toda esperanza, como una nueva Sagunto reencarnada para asombro de los tiempos. Innumerables son los testimonios de aquellas estremeceadoras hazañas. La ciudad, entre el fragor de los combates, en medio de los sangrientos episodios vividos en sus calles y casas, aparece descrita con esa riqueza urbana y monumental que la trágica invasión destruyó irreparablemente.

En su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España (1835-37)*, el conde de Toreno, al relatar el primer sitio y defensa de Zaragoza, hará una breve descripción de la ciudad. "Antes del Sitio –escribe–, *hermoseaban a Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares, con amenas y deleitables quintas, a que dan en la tierra el nombre de torres. A la izquierda del Ebro está el arrabal, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose construido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la población de 55.000 almas; menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada, diciendo Colmenar (don Juan Álvarez de Colmenar, en el tomo V de sus "Annales d'Espagne et de Portugal"), a manera de profecía, cosa ha de un siglo, «que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes».*

Refiere el conde de Toreno que a Zaragoza "cercábala solamente una pared de diez a doce pies de alto y tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada a veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, extramuros, se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragón rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones.



Las calles en general son angostas, excepto la del Coso, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas, de ladrillo, y por la mayor parte de dos o tres pisos; la adornan edificios y conventos bien construidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales; la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años, para su asistencia, el Cabildo. El último templo, antiquísimo; el primero, muy venerado de los naturales por la imagen que en su santuario se adora".

## Un episodio galdosiano

La gesta zaragozana movió a Benito Pérez Galdós a incluir el segundo sitio de la ciudad en su famosa serie narrativa *Los episodios nacionales*, como uno de los hechos más significativos de la agitada historia española del siglo XIX.

La ciudad está presente en todas y cada una de las páginas del episodio galdosiano, al modo de un protagonista más de los hechos en los que se ve inmerso Gabriel de Araceli. Ya las iniciales líneas de Zaragoza dan referencias urbanas: "Me parece que fue al anochecer del 18 cuando avistamos a Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho, oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva". Los recién llegados andan por la ciudad, buscando un abrigo donde pasar la noche: "Los portales del Mercado no nos parecían tener las comodidades y el sosiego que nuestros cansados cuerpos exigían. Visitamos la torre inclinada, y aunque alguno de mis compañeros propuso que nos guareciéramos al amor de su zócalo, yo opiné que allí estábamos como en campo raso. Sirvieron, sin embargo, de descanso aquel lugar, y también de refectorio para nuestra cena de pan seco, la cual despachamos alegremente, mirando de rato en rato la mole amenazadora, cuya desviación la asemeja a un gigante que se inclina para mirar quién anda a sus pies. A la claridad de la luna, aquel centinela de ladrillo proyecta sobre el cielo su enjuta figura, que no puede tenerse derecha. Corren las nubes por encima de su aguja, y el espectador que



**El segundo sitio fue incluido en sus "Episodios Nacionales",  
como uno de los hechos más significativos de  
la agitada historia española del siglo XIX**

*mira desde abajo se estremece de espanto, creyendo que las nubes están quietas y que la torre se le viene encima. Esta absurda fábrica, bajo cuyos pies ha cedido el suelo, cansado de soportarla, parece que se está siempre cayendo, y nunca acaba de caer".*

Tras esta curiosa referencia a la Torre Nueva, sigue el relato: "Recorrimos luego el Coso desde la casa de los gigantes (la actual Audiencia) hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí pasando de callejón en callejón, y atravesando al azar angostas e irregulares vías, nos encontramos junto a las ruinas del monasterio de Santa Engracia, volado por los franceses al levantar el primer sitio".

En las ruinas de Santa Engracia encontraron los forasteros el alojamiento buscado: "La pared de la fachada continuaba en pie con su pórtico de mármol, poblado de innumerables figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incompletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros, y que al destacarse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejaban criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vimos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazada por el desplome. Había hasta pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared con un arte semejante al de las grutas en la naturaleza. Los trozos de retablo, podridos a causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aún subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces hierbas nacían entre las grietas de la madera y de la piedra. Entre tanto destrozo había objetos completamente intactos, como algunos tubos del órgano y la reja de un confesionario. El techo se confundía con el suelo y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulcro. Al ver semejante aglomeración de escombros, tal multitud de trozos caídos sin perder completamente su antigua forma, las masas de ladrillo enyesado que se desmoronaban como objetos de azúcar, creeríase que los despojos del edificio no habían encontrado posición definitiva. La informe osamenta parecía palpar aún con el estremecimiento de la voladura(...) bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruida".

*naban como objetos de azúcar, creeríase que los despojos del edificio no habían encontrado posición definitiva. La informe osamenta parecía palpar aún con el estremecimiento de la voladura(...) bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza; pero la entrada del subterráneo estaba obstruida".*

Esta estremecida descripción de las ruinas de Santa Engracia crea la atmósfera en que se desarrolla el relato, abundante en referencias urbanas. Una de las más extensas es la del barrio de las Tenerías: "El arrabal de las Tenerías se extiende al oriente de la ciudad, entre la Huerva y el recinto antiguo, perfectamente deslindado aún por la gran vía que se llama el Coso. Componíase a principios del siglo el caserío de edificios endebles, casi todos habitados por labradores y artesanos, y las construcciones religiosas no tenían allí la suntuosidad de otros monumentos de Zaragoza. La planta general de este barrio es aproximadamente un segmento de círculo, cuyo arco da al campo y cuya cuerda le une al resto de la ciudad, desde Puerta Quemada a la subida del Sepulcro. Corrían desde esta línea hasta la circunferencia varias calles, unas interrumpidas, como las de Añón, Alcober y las Arcadas, y otras prolongadas, como las de Palomar y San Agustín. Con éstas se enlazaban sin plan ni concierto ni simetría alguna, estrechas vías, como la calle de la Diezma, Barrio Verde, de los Clavos y de Pabostre. Algunas de éstas se hallaban determinadas no por hileras de casas, sino por largas tapias, y a veces faltando una cosa y otra; las calles se resolvían en informes plazuelas, mejor dicho, corrales o patios donde no había nada".

Y sigue la descripción: "Cerca del pretil del Ebro existían algunos trozos de muralla antigua, con varios cubos de mampostería, que algunos suponen hechos por manos de gente romana, y otros juzgan obra de los árabes. En mi tiempo (no sé como estará actualmente) esos trozos de muralla estaban empujados en ellos, buscando apoyo en los recodos y ángulos de aquella obra secular, ennegrecida, mas no quebrantada, por el paso de los siglos. (...). El aspecto general del



barrio de las Tenerías traía a la imaginación, acompañados de cierta idealidad risueña, los recuerdos de la dominación árabe. La abundancia del ladrillo, los largos aleros, el ningún orden de las fachadas, las ventanuchas con celosías, la completa anarquía arquitectural, aquello de no saberse dónde acababa una casa y empezaba otra; la imposibilidad de distinguir si ésta tenía dos pisos o tres, si el tejado de aquella servía de apoyo a las paredes de las de más allá; las calles, que a lo mejor acababan en un corral sin salida, los arcos que daban entrada a una plazuela, todo me recordaba lo que en otro pueblo de España, de allí muy distante, había visto”.

La defensa de la iglesia de San Agustín –famosa por el cuadro de Álvarez Dumont que se encuentra en el Museo de Zaragoza– también es contada por Galdós, que describe así el altar mayor: “Era una gran fábrica de entalle dorado, cual otras que habréis visto en cualquier templo de España. Este armatoste se extendía del piso a la bóveda, y de machón a machón, representando en sucesivas hileras de nichos como una serie de jerarquías celestiales. Arriba el Cristo ensangrentado abría sus brazos sobre la cruz; abajo y encima del altar, un pequeño templete encerraba el símbolo de la Eucaristía. Aunque la mole se apoyaba en el muro del fondo, había pequeños pasadizos interiores destinados al servicio casero de aquella república de santos, y por ellos el lego sacristán podía subir desde la sacristía a mudar el traje de la Virgen, a encender las velas del altísimo crucifijo, o a limpiar el polvo que los siglos depositaban sobre el antiguo tisú de los vestidos y la madera bermellonada de los rostros”.

El heroísmo de la ciudad sitiada quedará plasmado en un fragmento de la parte final del libro en el que Galdós resume con palabras aéreas la gesta zaragozana: “Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos, su suelo abrirase vomitando llamas; y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde”.

## Otras citas zaragozanas

Una situación bien distinta –una ciudad en su calma provinciana– será la que de Zaragoza recoja Galdós en *Fortunata y Jacinta*. En el viaje de novios de Jacinta y Juanito Santacruz con sus paseos por las “solitarias y románticas calles que se extienden detrás de la catedral” y aquella “plazoleta silenciosa y desierta”, formada por “vestustos caserones de ladrillo modelado a estilo mudéjar, en las puertas gigantes o salvajes de piedra con la maza al hombro, en las cornisas aleros de tallada madera, todo de un color de polvo uniforme y tristísimo”. La pareja visitará la Puerta del Carmen, “los elocuentes muros” de Santa Engracia y las arboledas de Torrero, antes de proseguir viaje a Barcelona. En *La fontana de oro*, con algunas escenas situadas en Ateca, durante el trienio liberal, habrá también referencias aragonesas y una particularmente curiosa sobre Zaragoza: “¿No sabéis que existe en Zaragoza un club cuya influencia y prestigio alcanzan a todo Aragón?. Ese club, llamado democrático, ha sido en los años la más eficaz asamblea de la nación”.

Galdós visitaría Zaragoza en distintas ocasiones, tal como nos cuenta en sus Memorias, la primera de ellas en 1868, acompañando a dos miembros del gobierno provisional, Serrano y Topete, a un certamen de Artes e Industrias, y posteriormente en fechas diversas, concretamente, ya entrados en 1903 y 1908 con motivo, respectivamente, de los estrenos de su comedia *Mariucha*, y de su ópera “Zaragoza”, inspirada en el episodio nacional, con música del aragonés maestro Lapuerta. Con motivo de aquella primera visita escribiría: “Me eché a la calle ansioso de conocer ciudad tan interesante, renombrada por su grandeza histórica y singularmente por el valor de sus hijos. En pocas horas recorrí sin guía el Coso, el Mercado, el Pilar y La Seo; vi la Torre Nueva; después, la Escuela Pía, la parroquia de San Pablo, la Puerta del Carmen, acribillada por los balazos de los dos famosos Sitios; la Trinidad, la Aljafería, el Torrero y, por último, las ruinas de San Agustín”. Unas pocas horas, sí, pero intensas, aunque a renglón seguido señala que ese recorrido tuvo lugar a lo largo de varios días.

